Capítulo 10

**Reconstruyendo el pasado, representando la Nación:**

**El bicentenario argentino y la recuperación del espacio público tras la crisis de 2001**

Cecilia Dinardi

Vivimos en un momento en el que el pasado está cada vez más presente. Desde la necesidad obsesiva de preservar y acumular re-cuerdos hasta la construcción de monumentos y la conservación de lugares históricos, los acontecimientos pasados impregnan el presente de forma conflictiva. La explosión de discursos sobre la memoria ha hecho de ésta un elemento fundamental de la vida cultural pública contemporánea y es sintomático de una hipertrofia de la memoria (Huyssen, 2003). A pesar de su omnipresencia en diversos formatos como historias, mitos, tradiciones y recuerdos, el pasado es un país extraño (Lowenthal, 1985; 1998), un territorio desconocido que el presente debe reconstruir para conferirle significado. La adaptación del pasado a las necesidades del presente juega un papel crucial en la formación de ideas asociadas a la identidad nacional. Como tal, me-moria e identidad son dos conceptos que se refuerzan mutuamente: “El significado central de cualquier identidad individual o grupal, es decir, la sensación de homogeneidad en el espacio y el tiempo, se mantiene gracias al recuerdo; y lo que se recuerda queda definido por la identidad que se asume” (Gillis, 1994, 3). Invocar al pasado en la era contemporánea, por tanto, resulta atractivo no solo a la luz del inevitable sufrimiento presente, sino también en relación con la incertidumbre del futuro. La crisis de 2001-2002 constituye uno de esos periodos relevantes del pasado en el caso de Argentina. Dada la huella política, social y económica que dejaron a sus espaldas, los acontecimientos de esos años continúan ensombreciendo el ya de por sí complejo presente del país. Argentina sigue luchando de manera incansable para resarcirse de sus pasados traumáticos, como son el legado de violencia política y el terror del autoritarismo de los años 70 y 80, al tiempo que el Estado se esfuerza por restaurar la fe en la democracia y la transparencia institucional. La necesidad de asumir las crisis políticas y económicas del pasado en Argentina se volvió además más evidente en los últimos años con la llegada del bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810 y la organización de actos conmemora-tivos para llamar a la unidad nacional y recordar el comienzo de una serie de acontecimientos que culminó oficialmente con la Declaración de Independencia de España en 1816.

Este capítulo dilucida las políticas de memoria que rodearon a los preparativos de conmemoración del bicentenario en un contex-to marcado por las secuelas de las crisis de 2001-2002. A raíz de la obsesión que se ha gestado en esta época por preservar el pasado, y que sugiere la existencia de una amenaza a su supervivencia en el presente, la memoria está cada vez más politizada y se solapa con “ámbitos, momentos y coyunturas” ubicados en momentos concretos de la historia, recordando y olvidando el pasado (Radstone y Schwarz, 2010, 2). El legado de las crisis de 2001-2002 se vislumbra a distintos niveles: en la manera actual en la que las exigencias políticas continúan articulándose a través de manifestaciones en el espacio público y en la forma en la que los discursos públicos rechazan el orden neoliberal y la dependencia económica. El capítulo, basado en entrevistas y un análisis en profundidad de documentos institucionales, se divide en tres partes: la primera de ellas analiza la gestión oficial de la memoria durante las conmemoraciones del bicentenario nacional, la segunda examina la construcción pública de significado en torno al bicen-tenario teniendo en cuenta las narrativas de los responsables de las celebraciones y la última estudia las formas en las que estas prácticas conmemorativas pusieron al descubierto la reapropiación del espacio público en la ciudad después de 2001.

Haciendo uso del bicentenario como una lente a través de la cual explorar los grandes cambios experimentados por la sociedad argentina durante y después de las crisis, el análisis revela que, aunque las celebraciones conmemorativas de 2010 respondieron a la necesidad de venerar hitos históricos, en realidad destapan también el objetivo del gobierno federal de revitalizar la democracia y ampliar su apoyo popular recurriendo al nacionalismo patriótico. Esto se entiende tras una década marcada por la erosión de la fe en la política institucio-nal, caracterizada por el descrédito de figuras políticas, así como por la crisis de representación de los partidos que se puso de manifiesto especialmente con el drástico fin de la presidencia de De la Rúa en 2001 (Torre, 2003, 653).

**La gestión oficial de la memoria**

Las conmemoraciones nacionales se han estudiado desde el punto de vista del amplio campo del nacionalismo, la identidad nacional y la nostalgia, los monumentos y homenajes públicos, la memoria colec-tiva y los testimonios en relación con el Holocausto y otros periodos traumáticos de la historia. Si bien el propósito de este capítulo no con-templa la inclusión de una revisión bibliográfica detallada sobre estos temas, merece la pena destacar que los trabajos académicos demuestran la existencia de una profunda interconexión entre las conmemora-ciones históricas y cuestiones de identidad nacional, formación de la nación y patrimonio. Este capítulo revela cómo se articularon algunas de estas cuestiones durante las conmemoraciones del bicentenario a raíz de acontecimientos históricos como las crisis de 2001-2002.

Paul Connerton (1989) explica cómo las ceremonias conmemo-rativas, ritos performativos de repetición, juegan un papel crucial reproduciendo el pasado, representando una narrativa central de la nación, poniendo de manifiesto la memoria social y recordando a los ciudadanos su pertenencia a una “comunidad imaginada” (Anderson [1983] 2006). Al ser productos sociales, las conmemoraciones están cargadas de significado y pluralidad: tratan de temas como la memoria y la identidad, que “no son elementos fijos, sino representaciones o constructos de la realidad, fenómenos subjetivos más que objetivos” (Gillis, 1994, 3). Cuestiones tan complejas y controvertidas como la fecha de fundación de la nación argentina o la definición de lo que supone realmente la “argentinidad” atestiguan esta subjetividad. Por tanto, los actos conmemorativos oficiales son polémicos y políticos por definición, ya que ofrecen una postura concreta en la interpretación de la historia, el recuerdo de memorias, y la naturaleza de las cele-braciones. Sobre todo, son una fuente de poder: el poder de realizar interpretaciones oficiales y representar a “nosotros”, “la nación” y “el pasado” al tiempo que ocultan su carácter de constructo. Entender la conmemoración del bicentenario como un “constructo” (Gutman, 2005) nos permite reflexionar de manera crítica sobre los elementos que destaca y los que silencia, y los intereses a los que sirve con res-pecto al pasado reciente de Argentina.

Los debates sobre la memoria en Argentina están fuertemente arraigados en la larga lucha del país por superar un traumático pasado reciente marcado por la violencia política, el terrorismo de Estado y el autoritarismo que alcanzaron su cúspide durante la dictadura de 1976 a 1983. Desde el fin de la dictadura, el debate sobre si (re)abrir los casos judiciales y los archivos criminales abandonados para juzgar a los culpables de violaciones de derechos humanos o si dejar a la sociedad ‘seguir adelante’ ha demostrado ser un foco de división en Argentina. No se trata únicamente de una cuestión de justicia legal sino de una lucha que concierne al futuro de la democracia. ¿Es Argen-tina capaz de hacer honor a los valores democráticos si las injusticias del pasado no se curan o se abordan por medio del sistema judicial? ¿La reconciliación nacional y el olvido pueden ser en algún caso una forma de superar pasados traumáticos? ¿Cómo puede unificarse o reconciliarse la sociedad cuando la Iglesia y ciertos sectores de la sociedad civil actuaron como cómplices, a través tanto de su silencio como de su apoyo, de violaciones de derechos humanos cometidas por la misma institución que debía proteger a los ciudadanos? ¿La construcción de monumentos y la celebración de homenajes, de los que son ejemplos el Centro Cultural de la Memoria (ex ESMA), el Parque de la Memoria o el Día Nacional de la Memoria, contribuyen a la actuación y la reflexión activa en el presente o sirven en cambio para enterrar los acontecimientos traumáticos de la historia convir-tiéndolos en reliquias del pasado? Estos horribles acontecimientos en la vida de la nación son sin duda recuerdos vivos, pasados presentes (Huyssen, 2003; Crenzel 2011), pesadillas, fantasmas o espectros del pasado imposibles de controlar o predecir (Bell & Di Paolantonio, 2009, 151). Han dejado heridas abiertas que continúan dando forma a la difícil transición democrática argentina.

No obstante, durante el periodo anterior a los eventos conme-morativos del bicentenario estos recuerdos traumáticos quedaron de lado de manera temporal mientras se organizaban numerosos debates públicos, publicaciones y actividades108 para honrar el aniversario de la formación del primer gobierno independiente de Argentina en 1810. Los meses que precedieron a estas conmemoraciones fueron frenéticos para los responsables de las celebraciones. Como se demuestra en estas páginas, en esos momentos se unieron las excesivas expectativas de la sociedad respecto a cómo se celebraría el gran día, la escasez de tiempo disponible para desarrollar proyectos a gran escala y la fuerte presión por organizar “algo” a tiempo que a la vez pudiera tener un profundo impacto político dada la proximidad de las elecciones presidenciales de 2011. A continuación se analizan las narrativas de los encargados de las celebraciones oficiales del bicentenario tanto a nivel nacional y municipal: la Unidad de Proyectos Especiales “Puertas del Bicente-nario”, dependiente de la Vicejefatura de Gobierno de Buenos Aires, y la Comisión Ejecutiva del Bicentenario, asociada a la Subsecretaría General de la Presidencia. Los temas principales en torno a los cuales se construyeron estas narrativas incluyen la idea de “oportunidad”, el papel de otros hitos históricos como el centenario de 1910, la necesi-dad de honrar a la patria, el deseo de planificar un proyecto nacional a largo plazo, la identidad política y cultural de los argentinos y la necesidad de conseguir una integración nacional.

**Deconstruyendo el significado del bicentenario**

La conmemoración del bicentenario proporcionó un espacio en el que se reavivaron antiguas rivalidades políticas pero que permitió también examinar la manera en la que se relacionan la memoria local y nacional. Aunque la oposición entre el Gobierno municipal y el nacional se incrementó a raíz de la particular afiliación ideológica del kirchnerismo (a nivel nacional desde 2003) y el macrismo (en el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires desde 2007), la desigualdad socioeconómica y las confrontaciones políticas entre la capital y el resto de las provincias tienen una historia que va más allá de las últimas décadas y se remonta hasta el siglo XIX. Teniendo esto en cuenta, es interesante comparar las maneras en las que los gobiernos municipal y nacional han construido el significado de las conmemoraciones del bicentenario para entender los diferentes pro-yectos imaginados para la ciudad y la nación en el contexto surgido tras las crisis de 2001-2002.

La persona responsable de planificar las conmemoraciones a nivel municipal es un periodista que se describe a sí mismo como alguien que no tiene nada que ver con la política. Sin embargo, su amistad con la Vicejefa de Gobierno le llevó a acabar como encargado de la conmemoración municipal oficial y responsable por tanto de coordi-nar las actividades de los distintos gabinetes organizadas en Buenos Aires. Como miembro de la Unidad de Proyectos, fue quien concibió la manera en la que se conmemoraría el bicentenario en la ciudad:

Establecí una consigna que es “Bicentenario en la Ciudad de Buenos Aires: Punto de Encuentro”. Un punto de encuentro que tenga que ver entre el pasado y el futuro, que es un punto de encuentro del presente, en el cual no vamos a hacer revisión del pasado, vamos a hacer solo lectura del pasado y en función del futuro, para ver si podemos dar en ese tiempo del bicentenario lo que yo llamo “un salto hacia la moder-nidad”, por lo menos durante ese año hacer que sucedan en Buenos Aires acontecimientos que permitan a la gente tomar contacto con las nuevas ideas, con lo que pasa en las grandes ciudades del mundo (Entrevista a miembro de la Unidad de Proyectos, octubre de 2008).

“Hacer una lectura” del pasado supone sin duda adoptar una estra-tegia pragmática en tiempos del bicentenario. Aún así, esta operación epistemológica va asociada a una cierta ingenuidad, respaldada por la consciencia de haber tomado un enfoque concreto sin cuestionarlo y sin hacer referencia a aquellos cuyas versiones del pasado conforman la política de “lectura de la historia” de la ciudad. El encargado de los eventos añade que la manera de tratar acontecimientos históricos es a través de una lectura con la que determinar qué elementos útiles pueden emplearse “pero no para hacer una revisión, no para decir de repente que a Moreno en realidad no lo mataron”. Esto sugiere que la lectura de la historia no da lugar a impugnación, a una pluralidad de voces o a que se preste atención a las injusticias del pasado. Se distancia de la posibilidad de intervenir en el presente, de la oportunidad de “hacer” historia, como en el caso de las crisis de 2001-2002 cuando se interpeló a los ciudadanos como sujetos históricos, parte de una comunidad nacional que “sintió que estaba ocurriendo algo crucial que les afectaba”; un momento de reconocimiento transcendental e histórico (Goddard, 2006; 279).

En las palabras del entrevistado, Buenos Aires no aparece como una ciudad moderna, sino que la modernidad se ve como algo que llega desde afuera. Desde su punto de vista, la ciudad y sus ciudadanos po-drían acercarse más a esa modernidad mediante el contacto con “chefs, diseñadores, personajes interesantes” que el Gobierno estaba tratando de invitar a Buenos Aires negociando con las embajadas correspon-dientes. Esta “transmisión” de modernidad tan deseada, según él, se produciría gracias al “valor añadido de la emoción, el conocimiento o el contacto con lo nuevo” que supondría una “oportunidad también para aquellas personas que no han viajado nunca” y permitiría a la gente “mejorar de alguna manera su comprensión, su intelecto, su emoción”. Un elemento central de la transmisión de modernidad son las emociones y los sentimientos, que parecen alimentados por una lógica paternalista que considera a los ciudadanos como ignorantes y pretenciosos, ansiosos por absorber todo “lo nuevo” que llega desde el extranjero. Esta forma de entender a la modernidad es frecuente y está enraizada en la historia política y cultural de Argentina, especial-mente en las narrativas de progreso y civilización en las que Europa y Estados Unidos suelen considerarse como los centros de lo moderno.

A nivel nacional, la persona a cargo de las conmemoraciones es también un periodista. Bajo la supervisión de la Subsecretaría de la Presidencia de la Nación, encabezó la Comisión Ejecutiva del Bicen-tenario, dedicada a implementar las ideas y proyectos delineados por la Comisión de Planificación del Bicentenario. Con un discurso muy articulado en representación del Gobierno federal, explicó que:

La idea en principio del Bicentenario es que sea un momento de re-flexión, de introspección, de poder pensar políticas a largo plazo; es un momento ideal no solo como para revisar la historia de un país muy joven, sino además para pensar grandes trazos hacia el futuro. Entonces el bicentenario es una oportunidad que el gobierno no quiere desaprovechar para tener un diálogo con todos los sectores de la so-ciedad… para imaginarnos juntos un país a futuro. Y además es una conmemoración y es una celebración: la oportunidad de hacer cosas que tengan un sentido federal, de integración, de inclusión (Entrevista personal, noviembre de 2008).

El bicentenario se entiende en este caso como un acto con un gran potencial para animar a la reflexión personal. En contraste con la postura del gobierno municipal, el responsable nacional cree que el bicentenario puede utilizarse para revisar la manera en la que se ha escrito la historia. Sin embargo, esta mirada al pasado está también relacionada con la planificación del presente y el futuro. En este sen-tido, “bicentenario” equivale a “proyecto nacional” y pasa a serlo al incluir elementos como la planificación a largo plazo, la revisión de la historia, el análisis de la identidad nacional, la creación de consenso, la inclusión social y el debate sobre desarrollo económico e integra-ción regional y nacional. La necesidad de contar con un proyecto nacional a largo plazo es una exigencia política común en Argentina que se intensificó con el periodo de crisis de 2001-2002, durante el cual la fragilidad de las instituciones políticas y la inestabilidad de la economía quedaron claramente al descubierto. No cabe duda de que existía un interés especial por conseguir beneficios políticos tras las conmemoraciones. De hecho, la mayoría de analistas políticos coin-ciden en que la participación masiva en los eventos del bicentenario cambió drásticamente la reputación de Cristina Fernández de Kirchner e hizo posible su reelección como presidenta en 2011109.

La idea del bicentenario como momento de consenso en el que “todos los actores políticos” pueden participar en un diálogo con el resto también circuló de manera recurrente tanto en los medios como en los discursos políticos, pero estas palabras no trajeron consigo una transformación real de la cultura política del kirchnerismo que parece basarse en la identificación de “enemigos” del partido en lugar de en la creación de consenso con representantes de distintas afiliaciones políticas. Esto se hizo evidente en dos importantes conflictos que tu-vieron lugar después de 2001 y se manifestaron en la esfera pública: la puja entre Cristina Fernández de Kirchner y el sector agrícola en 2008 y la ratificación en 2009 de la Ley de Medios, descritos en detalle en el capítulo anterior y analizados en la siguiente sección.

La llegada del bicentenario implicaba un “derecho a conmemorar”. Pero el debate sobre a quién correspondía este derecho a conmemorar el aniversario del primer gobierno nacional puso en evidencia la tensión existente entre la memoria local y nacional. El 25 de mayo ha sido siempre el día preferido para la conmemoración nacional y la principal celebración en Buenos Aires, como ejemplifican las Fiestas Mayas. Estas celebraciones conmemorativas, que comenzaron en 1811 en Buenos Aires y se extendieron después a otras provincias, supusieron hitos en la invención imaginaria de la nación (Garavaglia, 2000) al unir lo nuevo con elementos tradicionales de las fiestas coloniales mediante representaciones teatrales, baile, iluminación callejera, fuegos artifi-ciales, música, bebida y poesía en los distintos barrios de la ciudad, invitando a la participación popular y reforzando los sentimientos de patriotismo.

A nivel municipal, el entrevistado explicó que resolvió esta “con-tradicción interna” sobre el motivo por el cual Buenos Aires celebraba un aniversario nacional de la siguiente manera:

Lo que la Ciudad celebra es el 25 de Mayo de 1810, el inicio de una Revolución que se inició acá enfrente y que le corresponde recordarla sin discusión a la Ciudad de Buenos Aires… No creo que en el 2016 Buenos Aires celebre particularmente la Declaración de la Indepen-dencia.

De manera similar, el responsable nacional declaró:

¿Por qué Buenos Aires toma el 2010? Porque se produce la revolución acá. Entonces cada provincia trata de entrar en la conmemoración a través de su propia identidad.

En ambos casos existe una articulación entre modos de recordar y modos de ser, entre las políticas de conmemoración y una identidad provincial y local ligada al lugar. Un estudio sobre la identidad local, regional y nacional en distintas ciudades (Córdoba, Rosario, Buenos Aires y Tucumán) realizado por el Ministerio Nacional de Cultural en 2007 reveló que los participantes situaban la fundación de la nación en distintos momentos según su propia identidad, y que la identidad local tenía más peso que el sentimiento de pertenencia nacional. Así, las diferentes identidades sujetas a distintos lugares explican la variedad de énfasis otorgado por las autoridades locales a la conmemoración de cada acontecimiento histórico.

Sin embargo, los intentos del Gobierno federal por construir un tipo de identidad nacional que estuviera alimentada, por encima de todo, por la pertenencia a una comunidad regional más amplia quedaron patentes en las palabras del responsable nacional:

Las políticas son éstas: pensar el país del futuro, pensar los grandes acuerdos del bicentenario, repensar la Argentina con una mirada hacia Latinoamérica, a diferencia de lo que fue 1910. Porque por otro lado, Latinoamérica está viviendo una etapa especial, excepcional… hay democracias en toda América Latina, sobre todo en América del Sur, hay una identidad común, un rescate de valores del 1810, digamos esas ansias de libertad que había en el siglo diecinueve.

El uso de Latinoamérica en la representación de identidad política fue omnipresente en los discursos públicos del gobierno nacional du-rante las conmemoraciones del bicentenario. La asociación que hace Anderson ([1983] 2006) entre nacionalismo oficial y los usos de la historia es significativa en este caso puesto que demuestra cómo el kirchnerismo ha definido su proyecto nacional entrando en diálogo con eventos políticos previos, incluyendo las conmemoraciones del centenario de 1910. El primer aniversario del gobierno nacional estuvo caracterizado por la muestra de poder y derroche de dinero de las élites dominantes conservadoras y aristocráticas, la celebración de la prospe-ridad económica del país, la construcción de magníficos monumentos, la exclusión de la mayoría de la población y la violenta represión de la clase trabajadora. Por eso, las celebraciones del bicentenario se dise-ñaron en contraste con la naturaleza exclusivista del centenario. Otros acontecimientos pasados importantes que se consideraron incluyen, en primer lugar, la dictadura de los 70, evidente en la intención del gobierno federal de castigar a los autores del terrorismo de Estado, recuperar la memoria de los desaparecidos durante la dictadura y de-fender los derechos humanos como política estatal; en segundo lugar, el peronismo, reafirmando sus raíces políticas e identificándose con la causa de las masas; y finalmente, la era de Menem en los 90, a través de la lucha contra el neoliberalismo, para recuperar la gestión estatal de empresas y servicios y reforzar el tejido institucional de Argentina tras las crisis de 2001-2002, uno de los principales aspectos que se tratan en esta obra.

Un elemento clave de la cultura política contemporánea es la influyente presencia del pasado, entendido como una construcción social formada por los intereses y los puntos de vista del presente que lo reconstruye, recuerda, distorsiona y reproduce (Halbwachs [1941; 1952] 1992). El pasado de la nación argentina se construye en narrativas oficiales a través tanto de una actitud nostálgica respecto a acontecimientos pasados, que se consideran gloriosos y por ello se reviven y se celebran, como de una postura combativa respecto de los años más oscuros de la historia de Argentina. Estas dos maneras de construir el pasado coinciden con las motivaciones políticas nacionales consistentes en reafirmar la postura ideológica del gobierno nacional y subrayar el papel crucial que Néstor Kirchner jugó en 2003 para la salida del país de las crisis. Recurrir a tragedias pasadas actúa también como un poderoso elemento unificador en el presente, ya que muestra cómo el pasado y el presente se entrelazan de manera intrincada en los actos conmemorativos.

La conexión entre la conmemoración del bicentenario y la identi-dad nacional quedó establecida de manera explícita por el Secretario Nacional de Cultura, José Nún, antes de 2010, cuando pronunció las palabras que se usarían más adelante para conferir significado al evento:

El Bicentenario nos ofrece a los argentinos la oportunidad extraordina-ria de repensar críticamente quiénes somos: reflexionar sobre nuestros valores, desde dónde venimos, hacia dónde vamos, y producir un cambio (Secretaría de Cultura, 2008).

Según esto, el propósito oficial del bicentenario tiene que ver con la identidad nacional, la reflexión sobre los valores, el pasado y el futuro de la nación y la transformación social. En un discurso anterior, el Secretario explicó que la construcción nacional del bicentenario debía estar sostenida por tres pilares: primero, las obras públicas, como las es-cuelas, los teatros y otras infraestructuras; segundo, el establecimiento de metas específicas, como la reindustrialización del país tras el colapso financiero y la implementación de reformas políticas y judiciales; y por último, el hacer a los ciudadanos conscientes de la importancia del bicentenario “como el horizonte compartido que proporciona un sentido unificador a las obras y metas”. Además añadió:

El mayor objetivo al que podemos aspirar es que, en 2010, alguien nos pregunte: “Bueno, ¿dónde está el proyecto nacional?” y nosotros podamos responderle: “Este día de fiesta es un día de celebración de nuestra independencia, de todas las cosas buenas hechas en el siglo que pasó y, sobre todo, del proyecto nacional que se ha venido des-plegando en estos últimos cinco años”. Este es el proyecto nacional: las escuelas, la justicia social, la prosperidad económica, el respeto a los derechos humanos, la concientización y la identidad nacional de toda la población, la disminución de la desigualdad, la consolidación de la democracia [www.argentina.ar].

Nún estableció el contenido simbólico del bicentenario antes de dejar su cargo en julio de 2009 tras la derrota del partido del gobierno en las elecciones legislativas. La referencia a los “últimos cinco años” apunta a que el nuevo proyecto nacional comenzó cuando Néstor Kirchner asumió la presidencia en 2003 y más concretamente tras los horribles acontecimientos de 2001-2002, cuando la represión policial se saldó con la muerte de más de 30 manifestantes. Esto hace explícita la relación entre las conmemoraciones y la presente administración gubernamental y sirve de recordatorio del papel central que la memoria juega en la política contemporánea y de la importancia de la política en la memoria moderna (Gillis, 1994). De acuerdo con Nún, la idea era crear una gran celebración al estilo de Durkheim, es decir, evitar reducir el bicentenario a un ritual en 2010 y en su lugar hacer de él “un gran momento de entusiasmo colectivo y efervescencia en la sociedad que puede llevarla a revisar sus normas y valores, cuestionar lo que se da por sentado, denormalizar el día a día y alterar la mecánica de su reproducción”. El bicentenario se vio como una vía crucial a través de la cual romper con las innumerables crisis socioeconómicas que había estado sufriendo el país, y por eso saber “quiénes somos, desde dónde venimos y hacia dónde vamos” era algo esencial.

Por todo esto, la conmemoración nacional llegó acompañada de amplias y excesivas expectativas. Las celebraciones manifestaron una necesidad desesperada de pensar en el “quiénes somos”, de movilizar representaciones sociales de identidad nacional como si la causa de los problemas actuales fuera a encontrarse en el origen de la nación o en la esencia de la identidad nacional. Hablar de “quiénes somos” supone la construcción simbólica de un tipo de identidad nacional apuntalado por una idea de unidad, continuidad en el tiempo, homogeneidad y lazos de unión (Handler, 1994). Lejos de ser una forma de definir esa identidad esencial, Handler explica que el discurso sobre “quiénes somos” es un proceso comunicativo que abarca no solo al hablante sino también a una diversidad de voces y entendimientos o la falta de los mismos. Al ser pronunciado, por tanto, ese discurso no se limita a hacer referencia a la identidad, sino que la crea y la transforma. Tanto a nivel municipal como nacional se reconoció la naturaleza construida de la identidad nacional con frases como “ficción guía”, “construcción de la argentinidad”, “imaginario colectivo” y “la escritura de la historia oficial”. No obstante, no por ello deja de existir un interés en partici-par de esa construcción. A nivel municipal esa creación se vio nutrida por ideas de modernidad europea orientadas hacia la promoción del turismo, mientras que la perspectiva del Gobierno nacional puso más peso en el pluralismo, el federalismo y la diversidad, así como en la necesidad de minar el poder de Buenos Aires como productor de la historia oficial y una iconografía nacional basada en sujetos de “pelo rubio y ojos azules”.

Este imaginario nacional está profundamente arraigado en la historia argentina y está ampliamente extendido. Como recalca la an-tropóloga Rita Segato (2007), las identidades políticas dominantes de Argentina derivan de una fractura inicial básica de la sociedad entre la capital, como ciudad porteña, y las provincias menos desarrolladas del interior. La división civilizacional que subyace a prácticas culturales y afiliaciones políticas concretas hizo que la nación se construyera a par-tir de un antagonismo permanente con su diversidad provincial y que empleara instituciones como la escuela, el servicio militar obligatorio y el sistema de sanidad pública para reducir las diferencias sociales y étnicas y producir lo que Segato denomina “neutralidad étnica”. Este es el resultado de la europeización y el proceso de “blanqueamiento” de las élites en la década de 1880. De manera similar, Lacarrieu (2005) defiende que la incorporación de la diversidad en las narrativas oficiales de la nación argentina se debió principalmente al deseo de discipli-nar y hacerse con el control social de ciertos grupos, lo que llevó a la construcción de un patrimonio nacional mucho más relacionado con lo patriótico que con lo popular. Por ese motivo, explica, la sociedad urbana de Buenos Aires “se constituyó y desarrolló en relación con un supuesto carácter no festivo de la ciudad, un preconcepto apoyado por la visión civilizacional de una ciudad occidental, blanca, armada con ‘una cultura’, concebida como ‘el progreso de la ciudad’” (Lacarrieu, 2005; 5).

La representación de las conmemoraciones del bicentenario incluyó finalmente un determinado número de rituales en los cuales se recreó y se conmemoró la comunidad política imaginada mediante el uso de símbolos y representaciones patrióticas. Entre ellas se contaron refe-rencias al pasado, a la identidad nacional y a la unidad nacional en innumerables discursos públicos; la representación de la “diversidad cultural” mediante puestos con comida de las distintas provincias y desfiles en los que las comunidades inmigrantes hacían gala de sus tra-jes tradicionales; la organización de conciertos gratuitos de folk, tango, grupos locales de rock y música regional; el uso del himno nacional, banderas y escarapelas; la creación de una “galería de patriotas” en la Casa Rosada; los desfiles militares y de autos antiguos de la industria nacional; la espectacular actuación callejera de la compañía teatral De la Guarda con escenas representativas de la historia argentina; la retransmisión de “películas nacionales emblemáticas”; y la cooperación del gobierno en la producción de una película sobre el héroe nacional Manuel Belgrano para hacer tributo a su papel en la independencia del país y la creación de la bandera nacional. Estos actos permitieron la reafirmación del constructo de identidad nacional y de la existencia de demarcaciones establecidas para incluir el “nosotros” y excluir el “ellos”.

El resurgimiento de la disputa por el control territorial de las Islas Malvinas, durante la cual el gobierno federal trató de negociar con Reino Unido el estatus político de las islas, es otro ejemplo de la relevancia de construir la nación como una entidad geopolítica definida, algo fundamental para la revitalización del nacionalismo patriótico. Se puede ver cómo la esfera de lo ritual constituye el material simbó-lico con el cual construir una idea de lo nacional porque los rituales permiten a la gente “recrear sus mitos sobre el origen de la sociedad, y al hacerlo manifiestan la legitimidad del orden establecido” (Barfield, 1997; 141). Estos eventos rituales fueron esenciales a la hora de dar al Gobierno nacional la posibilidad de ampliar su apoyo popular, minar el poder de los ya de por sí fragmentados grupos de la oposición, y reavivar la participación pública. A su vez, durante las celebraciones del bicentenario la sociedad recuperó el espacio público de una forma sin precedentes.

**La recuperación del espacio público después de 2001**

La apropiación del espacio público durante las crisis de 2001-2002 adoptó diversas formas que dejaron una huella en la fibra simbólica y material de la ciudad. Tuvo lugar en las calles, y plazas, enfrente de edificios públicos y bancos, con cacerolazos, cánticos y saqueos a supermercados. No obstante, no se limitó a las movilizaciones sociales de diciembre de 2001, sino que desató nuevas formas de participación colectiva similares a las descritas en los capítulos de la segunda parte de esta obra, como asambleas populares, clubs de trueque y la toma de fábricas y empresas por parte de los trabajadores, iniciativas que surgieron en oposición a las formas de interacción social neoliberales y en respuesta a la complicada situación financiera del país.

En cuanto a la apropiación política del espacio urbano, son dos los principales acontecimientos que han jugado un papel esencial dando forma a la experiencia argentina de recuperación tras las crisis de 2001-2002 y antes de la llegada del bicentenario nacional en 2010: el llamado conflicto del campo mencionado en capítulos anteriores y la reciente promulgación de la Ley de Medios que Fischer describe con más detalle en este volumen. El proyecto de ley propuesto por el go-bierno federal en 2008 para incrementar las deducciones fiscales en las exportaciones agrícolas, supuestamente diseñado como un medio de redistribución de la riqueza, tuvo que hacer frente a una dura oposición por parte de los sectores afectados, principalmente grupos ganaderos, que después se extendió a otras áreas de la sociedad. El conflicto pareció haber provocado un cisma irreconciliable en Argentina entre los defensores del gobierno y los que apoyaban al campo. Este último conjunto lo formaba un colectivo de composición social heterogénea que unió a diferentes grupos agrícolas, desde pequeños productores y ganaderos hasta grandes empresarios, medios de comunicación anti-gubernamentales y miembros de las clases medias y altas. Tras meses de acaloradas confrontaciones mediáticas y cacerolazos, piquetes y huelgas que provocaron momentos de escasez en los mercados locales, el conflicto terminó oficialmente cuando el vicepresidente Julio Cobos votó en contra del proyecto de ley, rompiendo así con la postura del gobierno. Esto ocasionó a su vez una nueva fisura, en este caso dentro del propio Gobierno nacional. Las continuas protestas dieron pie a una compleja vida política en el espacio público como no se había visto desde los acontecimientos de 2001-2002 y alteraron la narrativa oficial de recuperación en la Argentina después de la crisis.

Además de este conflicto, la ratificación en 2009 de la Ley de Me-dios para regular los servicios de comunicación audiovisual del país ocasionó el estallido de intensos debates públicos entre defensores y detractores de la medida. La persistencia de esta confrontación en el presente, años después de la aprobación de la ley, es cuanto menos llamativa y continúa provocando intensos debates políticos e incluso disputas legales. El Grupo Clarín ha sido el principal conglomerado mediático afectado por la nueva normativa y, por tanto, el mayor adver-sario del gobierno. Bajo su postura se deja entrever la creencia de que con esta ley el gobierno ha estado intentando controlar la producción de noticias y la circulación de información, tachándola por tanto como un ataque a la libertad de expresión y a la democracia. La lucha entre el Estado por un lado, y las compañías de medios de comunicación y asociaciones de prensa por el otro tuvo lugar en los propios medios, pero en las más recientes movilizaciones políticas llevadas a cabo en el espacio público se pudieron oír también voces a favor y en contra de la ley, entre otras demandas.

Así era el desfavorable contexto que dominaba el país a medida que se acercaban las celebraciones del bicentenario del primer gobierno nacional. A pesar de todo, su potencial a penas se puso en duda. Las celebraciones se veían como un evento que ni las autoridades nacionales ni las locales podían perderse. La idea de “oportunidad” ha salido a la luz en las entrevistas, artículos periodísticos y materiales institucionales aquí analizados como el factor clave para entender el desarrollo de los acontecimientos del bicentenario. Esto no debería ser ninguna sorpresa teniendo en cuenta que la sociedad argentina está inserta en un marco temporal “a corto plazo” (Jelin, 2002), es decir, está centrada de forma permanente en las circunstancias del momento y no es capaz de mirar al futuro en lo que a la planificación a largo plazo se refiere. Es en este tipo de marco en el que las oportunidades suelen surgir.

La visión del bicentenario como “una oportunidad única” estuvo circulando de manera constante para legitimar el desarrollo de toda una serie de actividades y eventos durante 2010. Esta idea de oportunidad puede entenderse como una combinación de circunstancias favorables que facilitan la posibilidad de llevar a cabo cierta acción. Si el bicente-nario fue visto como una ventana de oportunidad, las circunstancias que hicieron posible su existencia entonces fueron la necesidad de reavivar la participación pública y política y animar a la sociedad a volver a creer en las instituciones y los partidos políticos tras las crisis de 2001; la necesidad también por parte del gobierno de recuperarse después de los recientes conflictos políticos con el campo y a raíz de la Ley de Medios; la proximidad de las elecciones presidenciales de 2011; el potencial económico de los actos conmemorativos mediante el turismo, los patrocinios, las retrasmisiones y la responsabilidad so-cial corporativa; la creciente rivalidad entre los gobiernos municipal y nacional; y la acuciante necesidad de “reparar” injusticias pasadas, si es que esto es posible.

Después de los actos conmemorativos estatales, más de dos millo-nes de personas salieron a las calles de Buenos Aires durante cinco días de lluvia en mayo de 2010. Las conmemoraciones del doscientos aniversario del primer gobierno nacional incluyeron un despliegue es-pectacular de actuaciones, ferias al aire libre con productos regionales, la inauguración de la Casa Nacional del Bicentenario y la apertura tem-poral de un sector del Centro Cultural del Bicentenario – hoy llamado Centro Cultural Néstor Kirchner hasta nuevo aviso –, ubicado en el antiguo Palacio de Correos, así como la organización de espectáculos musicales y una cena oficial en la que participaron otros presidentes latinoamericanos y que se retransmitió parcialmente en directo. La enorme participación en estos actos conmemorativos produjo una fuerte euforia entre los organizadores del gobierno nacional, y sin duda tomó por sorpresa a los partidos de la oposición y a los medios de comunicación antigubernamentales dada la imagen relativamente negativa que la presidenta y su marido110 tenían en aquel momento.

Las conmemoraciones del bicentenario supusieron una celebración espectacular de participación popular. Fueron los primeros aconteci-mientos sociopolíticos desde las turbulencias de 2001 en los que los ciudadanos se apropiaron del espacio público no tanto con exigencias políticas como con el objetivo de festejar y celebrar (Goldstein 2010, 20). Sin embargo, también llevaron a la aparición de un movimiento de contracelebración111 creado para conmemorar la fecha patriótica pero en oposición a los actos oficiales. Con todo, las celebraciones del bicentenario, oficiales o no, fueron bien recibidas por una gran variedad de personas y grupos que participaron en los diversos actos de diferente manera, en distintos lugares y momentos, lo que destaca el potencial que este tipo de celebraciones tiene para expresar una cultura pública democrática que da lugar tanto al consenso como al conflicto social.

Las crisis de 2001-2002 supusieron un evento dislocador en la historia nacional, una ruptura con el pasado que reconfiguró el es-pacio político subsiguiente al cuestionar el significado de la política de representación y dejar a luz la división existente entre la sociedad civil y la clase política (Magrini y Quiroga 2011). La ocupación del espacio público durante el 19 y 20 de diciembre dio forma a distintas apropiaciones urbanas, como las que fueron llevadas a cabo por las asambleas públicas y las asociaciones de vecinos, dejando entrever la facilidad con la que distintos grupos empezaron a tomar las calles para expresar diferentes demandas políticas y la manera en la que los legisladores interpretaron y canalizaron dichas exigencias. Sin embar-go, las protestas públicas posteriores al 2001 tuvieron otro carácter. Las principales diferencias están en el tipo de movilizaciones (el grado de espontaneidad u organización), el tipo de exigencias (pedidos de “abajo con toda la clase política” frente a demandas concretas dirigidas a esa misma clase política), y el tipo de resultados conseguidos (por una parte, la dimisión del presidente, fragilidad institucional, quiebra económica y desconfianza en los políticos; por otra, el carácter festivo y la sensación de comunión nacional y celebración orquestados por los organizadores oficiales).

**Conclusión**

En este capítulo se ha querido examinar la construcción del signifi-cado público de las conmemoraciones del bicentenario en el contexto formado tras el colapso económico, político y social de 2001-2002, especialmente durante el periodo de recuperación experimentado con las gestiones de Néstor Kirchner. En un contexto como este, la llega-da de la conmemoración del bicentenario fue para los organizadores oficiales una oportunidad única para imaginar y dar vida a la ciudad y la nación deseadas, al tiempo que se reavivaba la participación so-cial en el espacio público urbano en una ocasión festiva y mediante la organización de actos de celebración. Esto tuvo lugar a pesar de que el país estaba todavía en un proceso de recuperación tras la cri-sis de 2001-2002, los recientes conflictos entre el gobierno central y las autoridades municipales, los medios de comunicación, el sector agrícola y los partidos de la oposición, y ante la necesidad de exaltar la independencia de una nación poscolonial después de haber sufrido abusos de poder, represión estatal y violencia política.

Es difícil negar que la conmemoración del bicentenario otorgara una relevancia crucial a las luchas por la memoria y la identidad na-cional de Argentina, algo que se puso de manifiesto con las disputas culturales y políticas en torno a qué celebrar, cómo, cuándo y dónde. En otras palabras, cómo se iba a construir y representar la idea de la nación a nivel oficial, qué legado material iba a quedar en la ciudad, qué recuerdos se pensaban destacar y silenciar, cuál iba a ser el objetivo de la conmemoración y cómo iban a imaginarse la identidad nacional y el futuro proyecto nacional. El tema de la memoria demostró no estar relacionado únicamente con el pasado sino ser capaz también de conferir legitimidad política de manera conveniente a los regíme-nes gubernamentales del presente (Huyssen, 2007), especialmente al proporcionar a las autoridades locales y nacionales una forma de diferenciarse de las figuras políticas institucionales de 2001, tratar de reavivar la fe en las instituciones y recuperar la confianza de los ciudadanos en los representantes políticos.

Reconstruir el pasado en tiempos de conmemoraciones nacionales no consistió solo en reconstruir el mito de la nación y representar la identidad nacional, sino que sobre todo ofreció la oportunidad de conferir un nuevo significado al presente a raíz de los cruciales acontecimientos del pasado reciente. La crisis de 2001-2002 es uno de esos momentos y, como tal, sigue viva en la memoria de la nación y continúa dando forma a la cultura política nacional del intrincado presente de Argentina.

*Traducido por Estefanía Muñoz Gómez*

***Notas***

108 Por ejemplo: Debates de Mayo, Foros del Bicentenario, Congreso Revolución, Emancipación, Democracia e Igualdad, Café Cultura y Proyecto Umbral, entre otros.

109 Así fue, Cristina Kirchner fue reelegida en 2011. Los rumores de una posible ree-lección en 2015, para lo cual sería necesario enmendar la Constitución, ocasionaron protestas generalizadas, especialmente fomentadas por los medios de comunicación en contra del gobierno, que a su vez llevaron a protestas sociales entre los sectores medios y altos de la sociedad que salieron a las calles el 13 de septiembre de 2012 pidiendo la dimisión del gobierno.

110 Néstor Kirchner fue presidente entre 2003 y 2007 y se le consideraba un posible candidato para las elecciones nacionales de 2011. Murió de manera repentina en octubre de 2010 tras sufrir un ataque al corazón, lo que ocasionó una gran conmoción en la sociedad argentina y sembró de incertidumbre la esfera política nacional.

111 “El Otro Bicentenario” se creó para ser “el bicentenario del pueblo” y consistió en una serie de debates, actividades artísticas y una acampada protesta contra el “capi-talismo salvaje”, el “genocidio de la nación-estado” y las “fiestas y manipulaciones oficiales”, al tiempo que trataba de promover los derechos de grupos sociales margina-les y hacer una llamada no a celebrar sino a “reflexionar sobre las políticas coloniales del pasado y el presente”. El evento recibió el apoyo de diversas organizaciones y movimientos sociales, culturales, estudiantiles, académicos y medioambientales.